



## La muerte de un artista.

(ROMANCE HISTÓRICO TRADICIONAL.)

### I.

Entre las cuatro paredes  
de una reducida estancia  
preséntase austero cuadro  
de tintas tan delicadas  
que solo bien le percibe  
quien tiene de artista el alma.  
A la luz de media tarde,  
en limpia y modesta cama  
se ve un hombre entrado en años,  
de frente tan despejada,  
que entre altivez y nobleza  
un tanto en altiva raya;  
de ojos vivos, y locuaces,  
del génio muestras tan claras,  
que se vé un mundo de ideas

al través de sus miradas.  
Forman las facciones líneas  
severas, y al par bizarras,  
que cortan algunos surcos  
como misteriosas rayas  
de una escritura que espesa  
padecimientos del alma.  
Su postracion causa duelo;  
respeto infunden sus canas,  
y aun mas al ver la corona  
en que aparecen cortadas.  
Sencilla cruz sobre el lecho  
se ve en la pared colgada,  
y descúbrense en el fondo,  
dentro de contigua sala,  
varios modelos de barro,  
lienzos pintados, estampas,  
y un caballete con tela

para pintar preparada.  
Un hombre de edad madura,  
morena, y enjuta cara,  
negra ropa, y apostura  
de dignidad afectada,  
con el enfermo platica  
cruzándose estas palabras:

—Decid, doctor, lo que tengo,  
que mi dolencia se agrava  
y he bien menester su nombre  
para saber quien me mata.

—Bastante es que yo lo sepa.  
—Bien dicen vuestras palabras  
que son mis sueños verdades,  
y esta inquietud triste, y vaga,  
la de la luz que se agita  
cuando el aceite se acaba.

—Pues, ¿qué sentís?

—Siento frio

mas que en el cuerpo en el alma.

Late el corazon con priesa  
cual si retener ansiara  
un bien guardado tesoro  
que á su pesar se le escapa,  
y la cabeza me agovian  
ruidos y escenas estrañas.  
Voces oigo sin que griten  
ruidos sin que suene nada:  
en la oscuridad vislumbro  
á veces luces fantásticas,  
y á veces la luz del dia  
no me parece luz clara.

Diligente la memoria  
en traer cosas pasadas  
tan vivas me las figura  
cual si otra vez las tocara,  
y al mismo tiempo anda suelta  
la imaginacion bizarra,  
mostrándome cosas nuevas  
con tan increíble audacia,  
que á veces de un nuevo mundo  
toca las ignotas playas.

Cosas veo, que no he visto  
ni aun soñando. En lotananza,  
rumor tan estraño escucho  
que recordarle me espanta;  
como ecos son de unas voces  
que no son voces humanas;  
y en fin, esto es lo mas raro,  
á veces en lucha estraña

yo pugno conmigo mismo  
cual si de mi me apartara,  
y en huirme y retenerme  
pusiera fuerzas contrarias.

—Bien pintais como discreto.

—¿Y á esta enfermedad, qué llaman?

—El nombre no hace á la cosa.

Básteos tenerla estudiada  
y conocida.

—Esto es hecho.

Doctor, el tiempo me falta  
para aprestar lo preciso  
á tan solemne jornada.  
Del sol los últimos rayos  
penetran esa ventana.  
Dejadme les pida nuevas  
de aquellas regiones altas.

## II.

Fatigoso está el enfermo,  
la noche en su curso avanza  
y á la tenue luz que esparce  
en la alcoba solitaria  
una mustia lamparilla,  
se ve una mujer anciana  
que profundamente duerme  
sobre una silla sentada.  
Contéplala el pobre artista  
con cierta sonrisa amarga,  
y un ¡ay! asoma á sus labios  
todo el dolor de su alma.

Recuerda que en otro tiempo  
una mujer le velaba  
con el cariño de esposa,  
y recuerda la esperanza  
que acarició de unos hijos  
que humedecieran con lágrimas  
el rostro del moribundo  
en la hora entonces llegada.  
De pronto nubla su frente  
nueva idea, y la dilata,  
y enrojece sus megillas,  
y crispa sus manos blancas.

—«No la maté; mienten, mienten,»  
dice con voz viva y clara.

«Al otro, prosigue, es cierto  
que le atravesó mi espada;  
pero él irritó mis iras,  
tuvo la defensa franca,

fué duelo en fin, y este es daño  
que culpa pero no infama.»  
Así delirando sigue  
y el mal sin duda se agrava  
pues por instantes creciendo  
la angustia en su rostro marca  
lo que el tropel ya no dice  
de sus confusas palabras.  
Tal vez la vertida sangre  
le sofoca y anonada,  
é intenta un supremo esfuerzo  
para detener el alma,  
que de Dios la tuvo limpia  
y á Dios no vuelve con manchas.  
Tal vez recuerda que un día  
necesidades mundanas,  
y empeños de honra le hicieron  
tomar órdenes sagradas,  
y és su corona de espinas,  
que mucho tardó en llevarla  
y mucho punza al que una hora  
la lleva de mala gana.  
A veces sobre sus labios  
se asoma sonrisa grata  
cuando en sus objetos de arte  
fija la débil mirada,  
y es porque en dulces recuerdos  
funda firmes esperanzas:  
es porque el arte en su vida  
llena las mas bellas páginas.  
¡Cuántas veces el mendigo  
le halló con la bolsa exhausta,  
y frutos le dió del génio,  
obras en papel trazadas  
con las que el pobre tenia  
seguro el oro ó la plata.  
Muy presto de aquella idea  
deriva ideas mas altas.  
Dilátanse sus pupilas,  
su ardiente fiebre se calma  
y se sumerge en el piélagos  
de sus grandezas soñadas.  
¿Qué es la vida? Breve aliento,  
sombra de un humo que pasa;  
pero las obras del génio,  
concepciones animadas  
que un siglo á otro siglo lega  
acrecentando su fama,  
no mueren como los hombres  
ni con los hombres se acaban.

Por ellas tiene el artista  
el orbe entero por patria  
y con cien generaciones  
y otras ciento vive y trata  
haciendo que todas sientan  
de sus encantos la magia.  
¿Qué es morir para el artista?  
No es mas que tender las alas  
en busca de lo infinito,  
hollar con ligera planta  
de los concertados astros  
innumerables miradas,  
y volar mas, y acercarse  
á la fuente de do emanan  
todas las bellezas juntas  
y las grandezas innatas.  
Morir es dejar la cárcel  
en donde el génio se apaga  
por falta de aire y sustento,  
es aliviarse una carga  
que nos encadena al suelo,  
es soltar una lazada  
con que se tienen las manos  
entumecidas y esclavas.  
En esto piensa sin duda  
el enfermo, y tanto gana  
la muerte con él que intenta  
incorporarse en la cama  
sin duda alguna aquejado  
de activa prisa en hallarla.  
Sus desfallecidas fuerzas  
muy presto le desengañan  
y ahogando un suspiro, vuelve  
á caer en la almohada.  
Poco despues la enfermera  
deja aturdida la casa  
en busca de un sacerdote  
que el moribundo reclama,  
y mientras la dueña vuelve  
tranquilo el enfermo aguarda  
observando como oscila  
aquella luz triste y vaga  
dentro del recinto estrecho  
que á su vigor pone tasa.

### III.

Ya el sacerdote ha bendito  
aquella cabeza blanca  
donde el albor de la muerte

asoma sus tintas cárdenas.  
Solemne silencio reina  
en derredor de la estancia,  
solo un murmullo se eleva  
y es hijo de una plegaria  
eco único de la vida  
á quien la muerte no espanta,  
única voz á quien dobla  
su régia sien coronada,  
replegando con respeto  
los crespones de sus alas.  
La luz su círculo estrecha  
y al par las sombras se ensanchan,  
y como hermanas ó amigas  
la noche y la muerte avanzan.  
En pie el sacerdote observa  
del moribundo la cara  
y pónole ante los ojos  
un Cristo de tosca talla.  
—Hijo, le dice, contempla  
esta sangre sacrosanta  
que para lavar tus culpas  
las rotas venas derraman.  
Codicia este hueco abierto  
al rigor de una lanzada,  
y como las golondrinas  
en la hendidura descansan  
de las piedras, así puedes  
tranquilo posar el alma  
en el divino descanso  
de estas amorosas llagas.  
¿Mas por qué la vista vuelves

y con desvío la apartas  
de Jesus? ¡Oh! No le pierdas  
cuando te busca y te llama.  
¡Hijo! Mira, y á Dios teme;  
¡que ante El estarás mañana!  
Hizo el enfermo un esfuerzo  
y aunque con voz apagada  
decir pudo al sacerdote  
estas sentidas palabras:  
*—Padre, no es impenitencia;  
es que me turba y enfada  
ver que hay artistas hereges  
que la faz de Dios profanan  
con esculturas como esta.  
Dadme esa cruz lisa y llana  
y adios que voy muy deprisa  
y vida y voz se me acaban.*

Quando al despertar la aurora  
tiñendo el cielo de grana,  
el rayo de luz primero  
entró en la descrita estancia,  
solo bañó la faz yerta  
de un cadáver que abrazada  
tenia una cruz sencilla,  
y al doblar de las campanas  
la muerte de Alonso Cano  
se divulgó por Granada.

J. R.



ES PROPIEDAD.

DEPÓSITO CENTRAL,  
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,  
Carretas, 9.

MADRID: 1871.  
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EDUARDO CUESTA,  
Rollo, 6, bajo.